

Derrota verborreica.

Si te dicen que perdí, no creas. A veces perdemos todo y no ganamos nada. Otras, fallamos y ganamos el mundo. Como cuando Pérez perdió a Marisa y ganó a Clara. Tú misma perdiste pero luego ganaste, y al hacerlo, estuviste más feliz que si hubieses ganado todo el tiempo. Ese rayito de luz que es ganar en la oscuridad del fracaso, ese amago de esperanza en el horizonte quebrado; toda esa felicidad no sería tal si no existiera la derrota. El niño puede perder el caramelo y durante un rato sentirse mal. Pero toda pérdida se esfuma cuando su madre le introduce otro caramelito de fresa en la boca. El borracho que todo ha perdido con la bebida ¡Gluc! Todo lo gana en su borrachera. La vida es preciosa ahí, qué paraíso. ¿Para qué levantarse tan temprano? Ésa es otra. ¿Acaso no es más perdedor el que se levanta a las seis para coger el *underground*, oler nucas, agarrar agarraderas demasiado agarradas por las garras de los agarrantes compañeros de viaje? Yo quisiera ir en bici a todas horas y olvidar los vagones, pero pago el ticket igual que tú. No sé. Quizás me precipito. Pero lo que tengo claro es que el perder es jodido, sí, lo reconozco, es jodido. Incluso puedes ser capaz de matar con la mirada al perder. Dicen que hay miradas que matan y es cierto. Muchas nacen con la derrota y otras pocas con una cosa que se llama celos. Los celos no son derrota, los celos es estar fatal de la quijotera. Como el Juanito con la Aranchita, maldito asesino. La mató por mirar al del quiosco. ¡Ése!, ése sí que era un perdedor. Pero perdedor de los de antes, de apuestas hípicas. Alguien me dijo que nunca había ganado nada, ni siquiera apostando por "Smelson" (corcel color miel que siempre ganaba hasta que un hierbajo envenenado terminó con su vida, las malas

lenguas comentan que fue un asesinato). En realidad era "Smelson VI", venía de una familia de caballos muy bien dotados. Muy bien dotados para la victoria, es decir, lo que sucede cuando no pierdes. Pero como ya hemos dicho, hay veces que el perdedor vence, así que no me queda muy claro donde está el límite ¿Tú qué crees? Te veo callada así que sólo contaré hasta tres para esperar respuesta. Uno. Dos. Tres. Ya está, te pondré otro ejemplo de derrota. El primo de un amigo perdió un curro muy bueno, de traductor en la ONU, ¡qué listo! dirás. Pues no, no mucho, pero eso no viene al caso ahora. Resulta que era el trabajo del siglo, como el de ser fotógrafo de Playboy o multimillonario. Te preguntarás por qué, yo también lo hice y te diré la respuesta, pero antes déjame hablar de John.

John era un estudiante saltarín de derecho, muy trajeado, muy estilo Elvis tardío, lleno de encanto y emociones fuertes y una conversación interesante y llena de matices negros y blancos, sobretodo negros, le gustaba el cuero oscuro. Se acercaba bailando temas que se oían sólo en su mente, cosas de Barry White o de Marvin Gaye o de Michael Jackson cuando todavía era como un conguito y cantaba con sus hermanitos eso de "My girl". 1970. ¡Oh! Seguro que la has oído, se me ponen los pelos de punta cuando la recuerdo. Espera, qué decía. Ah sí, John era un tipo peculiar, es cierto. Yo nunca lo conocí, tengo que decírtelo, pero me hablaron mucho de él. Resultó que un día cruzó la frontera que lleva a la locura. Aquella tarde era de perros. Nunca entiendo que tienen que ver los pobres perros. Pero como decía, aquella tarde diluviaba inmensamente en Barcelona. La facultad de derecho tenía un patio precioso, pero ese día estaba anegado por la lluvia, gris, casi enfermizo. Resultó que

John, tan tranquilo, tan Buda en el monte, se sentó en medio del patio y empezó a hablar del fin del mundo. Nadie se atrevió a decirle nada, todos escuchaban paralizados historias sobre un mundo utópico, chistes varios, amenazas a la humanidad, pócimas que te alargan la vida, inventos no inventados; todo muy extraño. Entonces, alguien, supongo que algún perdedor con ansias de victoria, llamó a los loqueros y allí que fueron, a poner la camisa de fuerza a John, nuestro Johny, mojadito y calado hasta el último esternocleidomastoideo.

Fugaz, lo de John en el loquero fue fugaz. Me contaron que allí fue un *winner* en aquel mundo de *losers* porque no se tomaba la p-a-s-t-i-l-i-t-a a las siete en punto y eso me hace dar más vueltas a lo del perdedor victorioso o el vencedor perdido o la derrota del primero o el triunfo del derrotado. Total, que a lo que iba... (*Una alarma suena y nuestro verborreico narrador se tensa*)

Vaya, tenemos poco tiempo. Iré rápido. Resulta que, Gumersindo, sí así se llamaba, no te rías querida. Gumersindo era un pieza de *cuidao*. Le gustaba liarse con representantes nacionales de la ONU, corresponsales de prensa, botones hembra, traductoras egipcio-español, español-latín, sueco-suevo. Que vamos que el tío era un Dartagnan, un don Juan en plena corte mundial. Un pichafloja. Lo echaron de la ONU por tonto, tenía a las tías que quería pero claro él siempre necesitaba más. No encontró tiempo para tirarle los trastos a la mujer del máximo representante de la ONU y claro, se la llevó al huerto. Y en el huerto, con sus tomates y sus patatas, sus lombrices moribundas y sus moscas verdes enormes, se revolcó el traductor y la esposísima, tan acaramelados que

el caramelo del niño del principio tenía celos de aquellos dos libidinosos; y allí el Ban Ki Moon o cómo se diga, los enganchó en pleno acto animal, ella cogida a la lámpara del siglo XIX y él aguantando el tipo, como buen macho ibérico. Como te imaginarás, al traductor lo largaron bien lejos. A Siberia. ¡Sí, sí!, no te sorprendas, el chino ese tiene mucho poder. Pues nada que allí se fue en plan perdedor, al sitio más perdido del reino universal, con los osos blancos y el “Gulag” de Stalin y con Dersu Urzala danzando ciego por la estepa. Pero la derrota pronto se transformó en la victoria más aplastante de su vida. Allí conoció a Victoria, una húngara que era para verla. Todo el día quería sexo, sexo y más sexo. Una mujer, no olvido decirlo, muy interesante, de las que saben volar. Y el traductor encantado, aprendiendo húngaro a todas horas, todo es cultura.

Niña fina, Si te dicen que perdí, nuevamente te digo que no creas. Es cierto, me la colaron. No debí fiarme de aquel tipo de aspecto salvaje. Pero necesitaba acción de la buena, mi alma desidiosa tenía que ser salpimentada con ilegalidades. Financiar un atraco no estuvo tan mal, al fin y al cabo, la cárcel es un buen sitio para vivir. Aquí puedo dormir- y soñar- todo el día, ver la tele, escribir mis memorias y lavarme los dientes durante una hora al día. Eso es lo mejor: la papilla de Colgate y saliva en mi boca me refresca y me repugna por igual, como el derrotado victorioso que tienes ante ti, en lo bueno y en lo malo, en lo profundo pero en lo más alto. Aquí me ves, dulce niña... y ahora dime algo bonito que ya viene el guardia, el tiempo de visitas se agota y tu pobre amigo mendiga en el palacio mientras se pierde el mundo de ahí fuera, como el Rey Sol ¡Ah!